

Mirad los cuadros del pintor-poeta. No veis en ellos, seguramente, «intención», «afectación», «lección», ni «pretensión». Veis sinceridad. Mucho se ha dicho literaria y hasta literatescamente de su crepúsculo, de su aire violeta, de su melancolía. Se ha hecho, de este modo, a la pintura de Santiago Rusiñol una reputación un poco decadente. Yo no lo creo así. Fuera de toda técnica, que no puedo ni quiero juzgar, porque no es el pintar mi oficio, y estoy convencido de que el único crítico aceptable para un arte es el maestro y dominador absoluto de ese mismo arte, fuera de toda técnica, no me avengo a encontrar en ellos decadentismo de ninguna clase. Sutileza, si, pero penetrante y leal, aguda como acero y flexible a fuerza de buen temple. Se nos entra en el alma, cierto es, sin sacudidas ni violencias, sin duda como entró el alma en la carne para hacernos hombres, como amanece sobre la sierra o se hunde el sol, en el mar, al ponerse. . . pero, ¿por ventura es la violencia la mejor señal de la vida fuerte? No: la convulsión casi siempre es indicio de disolución próxima. La vida plena es serenidad.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

LOS JARDINES DE ESPAÑA

A SANTIAGO RUSIÑOL

I

Lo hiciste bien, buen hijo: lánguidamente triste
junto a la madre muerta tu ofrenda depusiste,
besaste con tu espíritu su sepulcro de piedra
y le hiciste ornamento de cipreses y yedra.

Lo hiciste bien: tú, ansioso de una patria grandiosa,
buscador de una tierra soñadora y gloriosa,
lo hiciste bien: debajo de la luz que los baña,
tus «Jardines de España» son la vejez de España. . .

II

Silenciosos caminos, soñolientas arcadas,
inmóviles estanques y ventanas cerradas:
nada vive entre medio de la intensa verdura —
para tus cuadros tristes no queda una figura.

No queda una figura de las muchas que un día
prendieron como flores sus risas de alegría
en los ufanos árboles, buscando las arcadas
y huyendo en los kioscos de importunas miradas. . .

Damiselas prendidas de vaporosos trajes
y lechuguinos dándose aire de personajes;
condesas de una rancia vejez; grandes de España
encorvados al peso de una estupenda hazaña. . .

Todo aquel mundo viejo, solitarios jardines,
que, bulliciosamente, llenó vuestros confines,
ha desaparecido sin darnos descendencia.
— ¡Oh, abominados padres que no dejáis herencia! . . .

Con lágrimas discretas, sin ira, humildemente,
sobre vuestros sepulcros inclinamos la frente:
perdonadnos, empero, si a pesar nuestro, un día
turbamos, con reproches, vuestra quietud sombría.

¿Por qué dilapidasteis neciamente el tesoro
que llegó a vuestras manos? Nietos de un siglo de oro:
¿por qué heredar hogueras y dejarnos ceniza?
— Hoy vuestra vida estéril la nuestra esteriliza.

Dormid, dormid en paz en vuestros mausoleos,
estirpe de gigantes y padres de pigmeos.
Dormid, dormid en paz sin despertar de nuevo.
Fervorosa os lo pide mi lengua de mancebo — .

Yo arrojara coronas de perfumadas flores
sobre vuestros sepulcros, mis odiados mayores;
gozo cuidando bien vuestra tumba dormida
¡oh padres! cuya muerte garantiza mi vida. . .

III

Lo hiciste bien, poeta de humanidades nuevas
que el fuego de los dioses sobre los hombros llevas;
ofreciste a los ojos de todos tus hermanos
el cementerio verde de sus padres ancianos.

Esto es algo que ha muerto y que está ya enterrado:
decidle una oración si pasáis por su lado;
pero llenos de amor a la vida, mancebos,
¡sobre una nueva España sembrad jardines nuevos!

EDUARDO MARQUINA.

Barcelona-1900.

EN *l'Art Nouveau*, treinta y dos estudios que resumen la monotonía grandiosa y la quietud cuajada de los jardines regios de España; y está pintado con una claridad que da a las siluetas sorprendidas precisión de recortes. Rincones, soledades soleadas y verdes, senderos y recodos bordeados de arrayán tallado en cubos y en conos, de una dureza de metal bajo los cielos crudos cuyo azul arde; con técnica brutal, Santiago Rusiñol nos muestra la *Glorieta de Aranjuez* o el *Jardín dorado* de Granada; es, en verdad, la atmósfera transparente y divinamente clara de España, la que subraya y recorta los contornos del verdor y la tierra de sus cuadros...

.....
La «manera» de Rusiñol puede compararse con la de Montenard, pero su obra, inferior como técnica, es mucho